

que al de la causa. Obraban sin concierto y aisladamente. Así eran batidos de continuo, y resistían con el temerario heroísmo del valiente, no con el subordinado valor del soldado.,

Así era, en efecto, pudiendo decirse que algunos cabecillas procedían más bien como jefes de bandoleros, que como partidarios de un príncipe cristiano. Pero esa misma insubordinación con que todos obraban hacía también más penosa y difícil la campaña para sus contrarios, y arriesgadísima la empresa de someterlos.

IV.

A fines de Julio fué honrada Barcelona con la inesperada visita del Infante Don Sebastian. Venía de la corte, donde no mucho antes había jurado fidelidad á Doña Isabel; pero, no obstante, traía el encargo y el propósito de ponerse al frente del carlismo en Cataluña, para dar á su causa el prestigio y la autoridad que necesitaba. Con el mismo objeto, había sido nombrado jefe del Principado, con el título de teniente general, Don Juan Romagosa, en quien de tiempo atrás tenían puestos los ojos los directores de la insurrección catalana. Era Romagosa hombre duro de carácter; fiero y hasta brutal cuando daba rienda suelta á sus pasiones; pero había demostrado valor, pericia y aptitud militar, ascendiendo de carbonero, en La Bisbal, á brigadier, durante la guerra civil de 1822 y 23. Era el hombre que convenía para disciplinar y organizar las insubordinadas huestes de los carlistas en Cataluña.

Llauder, que no ignoraba la existencia de estos planes, acogió al infante con la mayor cortesanía, hospedándole en su palacio, donde mejor que en ninguna otra parte podía vigilarle de cerca. Pero esta prevención era excusada; pues la comitiva de S. A. guardaba tan poca reserva, que parecía hacer alarde de sus sentimientos, los cuales (dice un escritor) "producían una natural irritación en el pueblo.,

El capitán general se apresuró á desengañar á su huésped, si acaso había creído que el antiguo cortesano de Don Carlos estaba todavía en disposición de servir á dos amos ¹; y sin faltarle al respeto, le habló con energía, recordándole cuales eran sus

¹ Cuando Llauder volvió de Navarra á Madrid, algún tiempo después de haber perseguido á Mina y los demás emigrados, cuéntase que hizo repetidas gestiones para ver á Don Carlos, y no habiéndolo conseguido, por haberse negado el infante, la tercera vez que lo intentó dijo á Don Antonio Plazaola: «Diga V. á S. A. que ha querido hablarle el general Llauder, antes de marchar á Cataluña: que viene cubierto con los laureles que ha conseguido sobre los revolucionarios.»

deberes como autoridad constituida por la Reina en Cataluña, y lamentándose de que se le pusiera en el sensible caso de tener que cumplirlos.

En consecuencia, Don Sebastian consideró prudente salir de Barcelona, y se marchó á Navarra, donde la reciente llegada de *un faccioso más*, como dijo Martinez de la Rosa refiriéndose al pretendiente, y la enérgica iniciativa de Zumalacárregui, habian dado á la guerra en el Norte un impulso vigoroso.

Motivo era este para que los carlistas catalanes no desistieran de sus propósitos; pues alentados por la emulacion y la esperanza, debian proseguir firmes en su empeño, si bien procediendo con mayor cautela. Ningun cabecilla de nota se dejaba ver en aquellos momentos, y la tranquilidad aparente del pais sólo era turbada por algunas partidas de gente resuelta, difíciles de extirpar por su misma pequeñez, y su continua movilidad.

Una de estas partidas, mandada por un tal Triaxet, se dejó ver hácia la parte de Reus, estando todavía en Barcelona el infante Don Sebastian. Destacóse en su persecucion, por via de ensayo, una compañía del batallon de Tiradores, que hasta entonces solo habia prestado el servicio de plaza, mientras se completaba su instruccion. Alegres marchaban aquellos voluntarios como quien va á una fiesta, abultando con su imaginacion los peligros, no por temor á ellos, sino por el deseo de arrostrarlos y vencerlos, y mientras departian entre sí, trepando cerros por sendas extraviadas, decian algunos señalando á un cadete, que iba delante á la descubierta:—“Veremos lo que hará *Juanet*.”¹—¿Lo que hará? contestaba otro: nó quemará mucha pólvora.—“Lo creo, añadía un tercero; porque es capaz de cargar á la bayoneta sin que se lo manden.—“Si no es que hace como Cabrera, que se echó al suelo al oír los primeros tiros, se atrevió á decir alguno.—“¡Quién! ¡*Juanet!*”, exclamaron varios á un tiempo...

Era el 7 de Agosto de 1834, á la caída de la tarde, cuando la compañía de Tiradores encontró á la partida de Triaxet, en lo más áspero de la montaña. El primero que la divisó fué el cadete, á quien los otros voluntarios llamaban Juanet.—“¡Aquí están! ¡A ellos!”, gritó echándose el fusil á la cara.

Inmediatamente se rompió el fuego por ambas partes; pero los facciosos no resistieron mucho tiempo al empuje de los Tiradores, que se batian como tropas veteranas, y que, acertando las distancias sin cesar el ataque, pronto les obligaron á dispersarse, sustrayéndose á su persecucion á favor de los bosques y de la proximi-

¹ Juanito.

dad de la noche. Aquel encuentro fué de poca importancia: sirvió, sin embargo, para confirmar el buen concepto de arrojado y valiente en que tenían al cadete PRIM sus compañeros de armas, que al designarle con el nombre de Juanet, demostraban el aprecio singular que le profesaban.

Ningun otro acontecimiento digno de mencion acaeció durante el mes de Agosto; pues los carlistas aguardaban el momento oportuno para dar á luz sus nuevos planes, ya muy adelantados. El 12 de Setiembre, por la noche, un bergantin sardo, procedente de Génova, burlando la vigilancia de los cruceros españoles y franceses, dejó en las playas de San Salvador y punta de Bará al general Romagosa; pero como Llauder estaba advertido de su próximo desembarco, y seguía la pista á la conspiracion que se fraguaba, no tardó en descubrir el paradero del caudillo carlista: supo que se hallaba oculto en casa del cura párroco de Selma, donde, en efecto, habia comenzado á dictar sus disposiciones; y á los cuatro dias de su arribo, el 16, logró sorprenderle, cogiéndole además el equipaje con unas 250 onzas de oro, restos del dinero que, para favorecer la insurreccion, le habia entregado el rey de Cerdeña, y muchos papeles y proclamas.

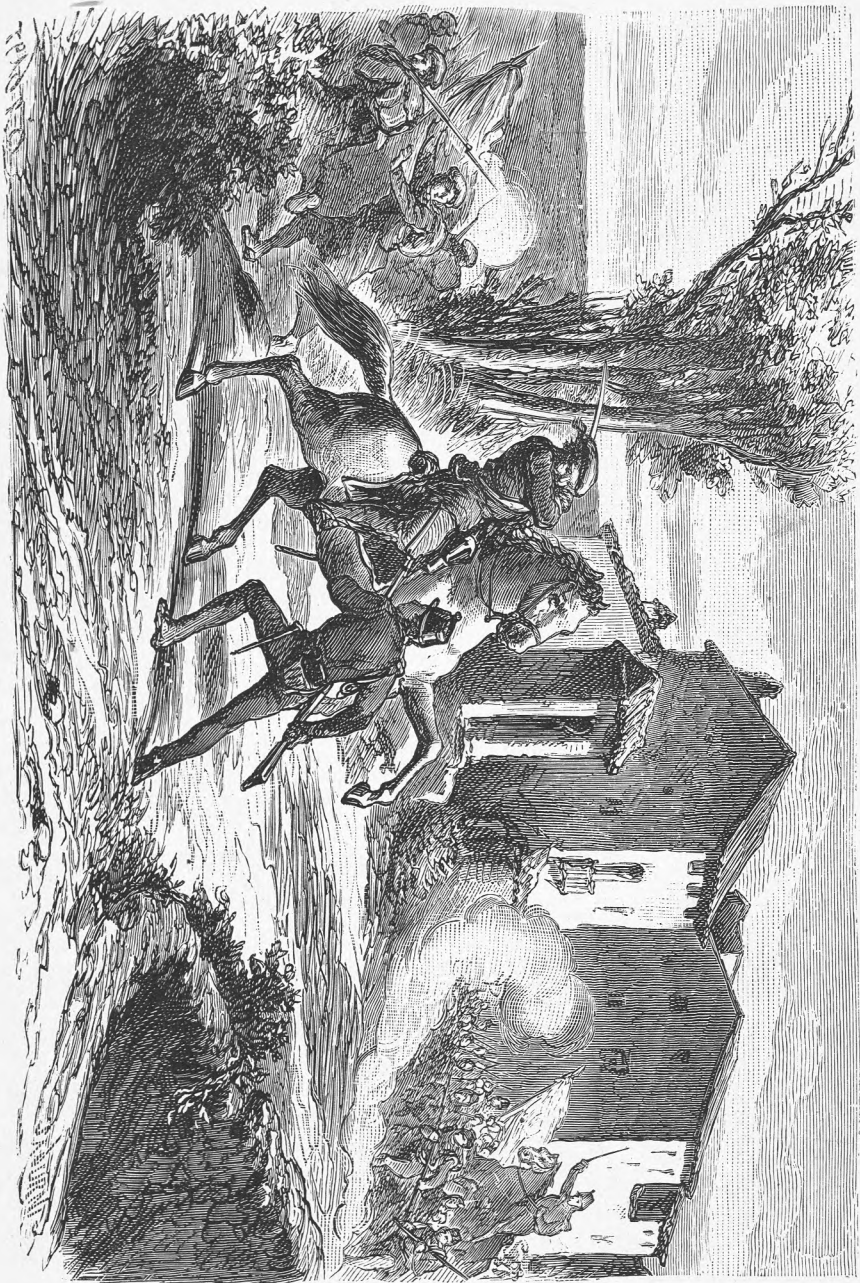
Romagosa y el rector Güell fueron conducidos á Igualada y fusilados, tres dias antes de aquel en que debia estallar la insurreccion proyectada, sufriendo igual suerte, en Lérida, el teniente coronel Don Ramon Aldama, que resultó gravemente comprometido en vista de los documentos ocupados al jefe principal.

Duros, terribles eran estos castigos, que venian imponiéndose desde el principio de la guerra, conforme á las órdenes vigentes del tiempo del absolutismo; pero léjos de intimidar, sirviendo de saludable escarmiento, este rigor no hacia más que exasperar los ánimos, disponiéndolos para la venganza que, con el nombre de represalias, suele ser una de las mayores iniquidades que acompañan á las contiendas civiles. La causa de la libertad no podia ganar nada en aquellas ejecuciones sangrientas, que sus enemigos consideraban como actos de crueldad y de barbárie, sin recordar las muchas víctimas que ellos tambien hacian, ni las que su partido habia sacrificado friamente durante muchos años, ni pararse á pensar que eran juzgados por sus propias leyes.

Así los antiguos ódios iban tomando cada dia mayor incremento; así la guerra en el Norte habia adquirido ya un carácter de ferocidad espantosa, no dándose cuartel á los vencidos; así debia desaparecer todo sentimiento de humanidad.

A la muerte de Romagosa y de sus cómplices, siguió un enérgico esfuerzo de los





El cadete Prim hiere al cabecilla Muchacho.

carlistas en las montañas de Cataluña. El coronel Saperes, titulándose mariscal de campo, apareció de pronto en la alta montaña; y ordenando un somaten general, y repartiendo el oro del rey Carlos Alberto, que hacia pasar por monedas del pretendiente, puso en conmoción el país. Reúnenle Tristany, el Ros de Eroles, Montaner, Llauger y el Muchacho, y juntando entre todos unos trescientos hombres, se dirigen al Prat de Llusanés, en la confianza de sublevar el pueblo á su favor; pero encuentran resistencia en los urbanos, que los arrojan de las calles, y se ven obligados á retirarse. Los gobernadores de Manresa y Vich, y el comandante de Sallent acuden con sus columnas, les persiguen y derrotan, llevándoles en retirada hácia Matamargó.

Al mismo tiempo reaparecía Targarona con 200 hombres, por la parte de Núria, y otros cabecillas se presentaban recorriendo la provincia de Tarragona y por las cercanías de Santa Coloma de Farnés.

La agitación cundia y se propagaba sobre todo en las montañas de Berga, y obligó á Llauder á tomar enérgicas providencias, trasladándose él mismo á Manresa, donde fijó su centro de operaciones. Conoció que no podia batir á su enemigo en una acción y se propuso estrecharle hasta reducirle á rendirse ó pasar la frontera, estableciendo, al efecto, una línea de columnas desde Borredá, por San Jaime de Frontanyá, Bagá y la Pobla de Lillet, hasta Camprodon. Esta y otras disposiciones acertadas dieron los resultados que se esperaban, quedando en fines de Octubre y primeros de Noviembre disuelta la facción por aquella parte.

Una de las columnas, mandada por el coronel Don Antonio Oliver, y compuesta de 80 carabineros, 20 mozos de la escuadra y de la compañía de voluntarios en que servia PRIM, encontró al cabecilla *Muchacho* en el Raurell de Sagás, caserío situado á poca distancia de Berga. Los tiradores formaban la vanguardia, y extendiéndose en guerrillas, comenzaron el ataque: los carlistas contestaron en seguida al fuego, dispuestos á vender caras sus vidas; pero, á los primeros tiros, se lanza PRIM sobre ellos con temerario arrojo, y todos sus compañeros, dando gritos de entusiasmo, se aprestan á imitarle: temen los carlistas ser copados, y el desorden se introduce en sus filas: en vano su caudillo les amenaza y los alienta, poniéndose al frente para darles ejemplo: solo consigue impedir la dispersión completa, y asegurar la retirada. En aquel momento, PRIM le acomete, y le hiere de un bayonetazo en un muslo, cuando ya lo apurado de la situación le obligaba á declararse en derrota.

El capitán Ochoa, que mandaba la compañía de Tiradores, recomendó al joven

cadete por su brillante comportamiento, y le propuso para el grado de subteniente.

Cuéntase, y lo refiere Don Francisco Gimenez, uno de los biógrafos de nuestro héroe, que pocos dias despues de la accion de Sagás, encontró el *Muchacho* á un arriero conocido suyo, y le dijo:—“Toma esta media onza, y si puedes averiguar quien es *el valiente voluntario* que me hirió en el Raurell de Sagás, dásela de mi parte.”—“Así lo haré, parece que contestó el arriero; pues me consta que el que hirió á V. es un cadete, que se llama Prim.”—“En ese caso, no hay nada de lo dicho, repuso el cabecilla: venga la media onza, que ya se la darán cuando le hagan oficial.”

De allí á poco, el Muchacho, estrechado en Castellar de Nuch, tuvo que salvarse arrojándose por un derrumbadero, y pasando la frontera.

Targarona, perseguido por las columnas, que operaban hácia Camprodon, se se internó en Francia, y otros cabecillas se ocultaron. Peor suerte cupo á Boadella y Fradera, cogidos y fusilados, el primero cerca de Santa Coloma de Farnés, y el segundo en el corregimiento de Tortosa.

V.

Por este mismo tiempo, es decir, en 2 de Noviembre, fué llamado el general Llauder á desempeñar el cargo de ministro de la Guerra, cuyo nombramiento recibió en Manresa por un correo extraordinario. Subia rápidamente la marea política con el creciente desarrollo de la faccion en Navarra, contra la cual iba á ponerse Mina al frente del ejército; con el estímulo de los debates habidos en los Estamentos, donde acababa de aprobarse la ley excluyendo para siempre á Don Carlos y á su descendencia de la sucesion á la corona; y con la vivacidad de la prensa periódica, que, en su patriótico ardimiento, al paso que contribuia á levantar el espíritu público, aumentaba la general impaciencia. Existian además, en altas regiones, otras causas íntimas y reservadas, que complicaban la situacion ¹.

¹ «El 9 de Noviembre de 1834, dió á luz la reina Cristina en el Pardo una robusta niña, primer fruto de su matrimonio con Don Fernando Muñoz, y á quien se puso el nombre de Victoria. Esta niña, confiada en su más tierna infancia á la solicitud y cuidado de la señora Castanedo, pasó en Segovia los dos primeros años de su vida.»—*Galeria militar contemporánea*. Madrid, 1846.

A esta situacion, altamente comprometida para la Reina gobernadora, que no podia serlo, ni conservar la tutela de sus hi-

En pocos dias habian ocurrido varias crisis parciales y cambios de ministros, entrando en Hacienda el conde de Toreno para reforzar á Martinez de la Rosa; y en estas circunstancias se llamó á Llauder, como el hombre, al parecer, más apto para dar impulso á los negocios de la guerra, y tambien con otros fines.

Los catalanes dieron entonces muestras señaladas de sentimiento por la ausencia de su capitan general, y los procuradores á Cortes por Cataluña le manifestaron desde Madrid el pesar con que habian sabido su nombramiento, á causa de la falta que haria su presencia en el Principado, rogándole que no aceptase el ministerio. Pero no todos pensaban lo mismo acerca de Llauder: muchos dudaban de su consecuencia política, y le llamaban el *Metéoro*, significando así que su liberalismo no era más que una luz pasajera.

Llauder aceptó el Ministerio, por cuyas regiones habia de pasar como un verdadero metéoro, reservándose al mismo tiempo el mando de Cataluña. Quedó este interinamente á cargo del general Santocildes, que secundado por el excelente plantel de jefes y subalternos de que disponia, prosiguió las operaciones con actividad y éxito.

Los cabecillas Jaime Turi, José Camps é Isidro Prat fueron fusilados en Vich, el 7 de diciembre; Caragol, batido en la alta montaña, huyó teniendo que pasar la frontera. Entre tanto, el brigadier Colubi, comandante general de Tortosa, con los coroneles Churruca, Aspiroz y Martí, dispuso una batida contra la faccion capitaneada por Vallés, dando por resultado su completa derrota, con la pérdida de cuarenta muertos en el campo, entre ellos los cabecillas Paracéite y Guérrista, y veintiseis prisioneros, incluso el mismo Vallés, que con diez y seis más fué pasado por las armas.

“Así acababan aquellos partidarios, terror de los pueblos, porque algunos eran más bien bandoleros que carlistas, dice el Sr. Pirala en su *Historia de la Guerra civil*. Algunas de aquellas partidas no militaban; robaban y asesinaban. De esta manera tenian á los pueblos por sus mayores enemigos, y lo eran ellos mismos, que insubordinados siempre llevaban consigo el terror, la desolacion y el exterminio.

Si mal parados quedaban los carlistas en Cataluña, al terminar el año de 1834, no era mejor su fortuna en todo el Oriente de España; siendo probable que la ca-

jas del primer matrimonio, estando casada en segundas nupcias, pudieran atribuirse en parte los primeros conatos de transigir con Don Carlos, que ya se susurraban.

lamidad de la guerra no hubiera podido prolongarse mucho tiempo, á no ser por los descuidos y faltas que cometió el Gobierno desde el principio, y la escasez de tropas y recursos, que impidió sofocar oportunamente la insurreccion de las provincias vascongadas. Así lo comprendió Mina desde el momento de su llegada á Navarra. “Desguarnézcanse, decia en 8 de Noviembre, por un corto tiempo aquellos puntos menos expuestos: cargue toda la fuerza al Norte, que, una vez ahogados aquí, lo demás se deshace como el humo.”—Y en otra comunicacion al Gobierno, añadía: “Cada dia, cada momento me veo más apurado: en estos almacenes no hay nada con que poder hacer el servicio; en la tesorería no hay dinero; en la plaza no hay tropas de servicio suficiente, aunque sí muchos oficiales y asistentes que comen el pan sin ganarlo. El ejército que está en movimiento se reduce á dos columnas, que no pueden atender á todos los puntos por donde circula y se señorea Zumalacáregui; y la tercera en la Ribera, acosada por este, y yo aquí sin poder moverme ni organizar fuerzas. Son precisas tropas de refresco, y no debe perderse tiempo en su envío.”

Mientras esto acontecia en el principal teatro de la guerra, en Madrid se fraguaban planes liberticidas, que debian ser precursores de grandes trastornos, y existian dentro y fuera de España otras maquinaciones, cuyo relato, aunque somero, podrá no ser inoportuno dejar consignado en las páginas sucesivas.

CAPÍTULO II.

Los seis primeros meses de 1835.

SUMARIO.—Nuestro propósito.—La corte y los partidos.—El teniente Cardero y el Ministro de la guerra.—Primera pelea, llora y se impacienta.—Una herida y una charretera.—El tratado de Elliot, sus antecedentes y consecuencias.—Auge de los carlistas.—Fermentación revolucionaria.—Cambio de ministerio.—Muerte de Zumalacárregui.

I.

No cabe en nuestro plan la historia detallada de la guerra civil, ni tal es la tarea que nos hemos impuesto. Por lo tanto, no seguiremos paso á paso en su agitada y aventurera marcha á las facciones, ni relataremos uno por uno todos los encuentros, choques, sorpresas, combates, sitios y batallas, acaecidos durante aquella lucha asoladora. Procuraremos, sí, dar una idea de su fisonomía especial, de su ferocidad característica, de las penalidades y sacrificios que sufrieron unos y otros beligerantes, causando males incalculables á la patria común de que todos eran hijos. Tenderemos la vista sobre ese panorama de sangre y de ruinas, y simultáneamente sobre el campo de los acontecimientos políticos, deteniéndonos para ello en los puntos culminantes, á la manera del viajero que observa desde las alturas el contorno de los países que recorre, y sólo desciende á examinar de cerca los parajes más importantes y dignos de una atención escrupulosa.

De este modo, sin desviarnos del objeto principal, ni distraernos demasiado en digresiones episódicas, al paso que historiamos la vida de un hombre, cuya pérdida sentirán algún día sus mayores enemigos, trazaremos el cuadro de nuestras discordias interiores, señalando las causas que las han originado, ajenas muchas veces á los intereses de la Nación. Nuestro propósito es recordar la enormidad de los sacrificios hechos, de las calamidades sufridas en el transcurso de tantos

años, sin otro resultado práctico que despedazar la patria y amontonar ruinas, cuando la mitad de los esfuerzos empleados en luchas insensatas, ya para sostener legitimidades quiméricas ¹, ya para satisfacer ambiciones personales, ya, en fin, para hacer triunfar ideas exóticas y exageraciones de partido, habrían sobrado para constituir dignamente á la Nación, y labrar su prosperidad y su grandeza.

II.

Al empezar el año de 1835, por todas partes corria la voz de que la política del ministerio tendía á poner término á la guerra civil, mediante una transaccion con Don Carlos. Este y otros rumores no carecian de fundamento; pero la causa y el origen que las producía no estaba en el Ministerio, como entidad colectiva. Llauder había ido á Madrid para algo más que dirigir el importante departamento de la Guerra: distinguíale la Reina gobernadora, y le dispensaba favores de que no eran partícipes los demás miembros del gabinete, los cuales comenzaron á mirarle con prevención. No tardó el ministro preferido en mostrarse inclinado á un sistema más opresor que el que regia, y avanzando en sus propósitos reaccionarios á medida del favor que se le dispensaba, llegó á pensar en deshacerse de sus compañeros, y en formar, bajo su presidencia, un ministerio de represion.

Se concibe perfectamente que, sólo partiendo de esta base, pudiera llegarse á

¹ Aceptamos la forma de gobierno monárquica por su estabilidad, y por ser la más conforme con las tradiciones, los hábitos, el carácter y hasta los vicios y preocupaciones del pueblo español; por las garantías de paz y orden que pueda ofrecer, dadas estas condiciones. En cuanto á la *legitimidad* de los reyes, no reconocemos otra que la que emana de la ley, hecha ó consentida y aceptada por la nación, y fielmente cumplida por el Magistrado supremo. La perpetuacion de las dinastías no se funda más que en un principio de conveniencia y de solidéz, y en el respeto *mútuo* de los pactos establecidos, ó que sucesivamente se establecen. El absolutismo es simplemente una usurpacion de poderes, y desde los primeros tiempos de la Historia se nos presenta, ó como causa de abyeccion y esclavitud, ó como origen de trastornos y revoluciones sangrientas; y es porque toda usurpacion, toda tiranía, lleva en sí misma la abdicacion de la autoridad, que sólo reside en el ejercicio de la justicia. —El principio *legitimista* supone que las naciones pertenecen *por derecho propio* á tal ó cual persona ó familia; y esto es absurdo, siendo así que los reyes no han reinado nunca más que por la fuerza, por la conquista, que es lo mismo, ó por *derecho constitucional*, escrito ó no escrito. Cuando les ha faltado la fuerza, ó han infringido el derecho, las naciones, en todos tiempos, han negado su autoridad, expulsándoles del trono; y la Historia antigua nos habla de varios de estos casos, y de alguna reina asesinada, y arrojado su cadáver á ser pasto de los perros.

Siglos hace que dijo el orador romano: *Principes mortales; Respublica, vero, aeterna est.*—En nuestros tiempos se ha creído que lo permanente é inalterable eran los príncipes; lo pasajero y efímero, la Nación.

una transaccion con Don Carlos; se concibe tambien que la corte creyese conveniente restablecer la paz á toda costa, sin reparar en los medios; la paz es, sin duda, el mayor de todos los beneficios; pero ¿era posible establecerla sobre el triunfo del absolutismo? ¿Estaban los ánimos en disposicion de transigir, no con Don Carlos, sino con el régimen de gobierno que simbolizaba su nombre? ¿Con semejantes planes, se haria otra cosa que atizar más y más la tea de la discordia?

Esto fué lo que sucedió, no vacilando los ministros contrarios á Llauder en dar el grito de alarma, para salvarse á sí mismos y salvar al país. Un periódico ministerial, *La Abeja*, reveló al público las tendencias reaccionarias del secretario de la Guerra, obligándole á presentar su dimision, que por entonces no le fué admitida.

Pero continuó la excision en el seno del ministerio, y hé aquí lo que decia *La Abeja* el mismo dia que, á consecuencia de las cábalas atribuidas á Llauder, estallaba en Madrid la primera insurreccion militar.

“En vano la opinion pública se ha pronunciado contra la formacion de un nuevo gabinete; en vano los periódicos de las provincias en ecos acordes responden al grito de la capital de la monarquía; en vano las cartas del bizarro ejército del Norte renuevan la fé de los valientes que derraman su sangre *por la libertad y el trono; la ambicion no se satisface ni desiste de sus sordos manejos....* La intervencion extranjera y la guerra de Navarra parecen haber sido los puntos donde ha estallado la excision, que de antemano se alimentaba de alejamientos y aun acaso de antipatías.... En cuanto á la guerra, suspiramos por verla terminada lo más pronto posible; pero creemos, que si en su direccion se han cometido desaciertos y ligerezas, *no es á la mayoría de los ministros á quien debe echarse la culpa*, puesto que no ha corrido á su cargo especial este ramo, ajeno á su profesion y conocimientos.” Y despues de otras alusiones no menos intencionadas y transparentes, concluia diciendo: “Nosotros, anhelosos por la felicidad de la patria, veríamos con gusto una franca y cordial avenencia entre los miembros del actual gabinete; pero si este deseo no fuese realizable, faltaríamos cobardemente á nuestra conviccion (y aun á nuestro temple) si abrigásemos por un momento la duda *de que deben tener más peso moral cinco hombres de Estado, que uno, aunque arroje su espada en la balanza.* Ni creemos que entre los militares españoles falten sujetos capaces de llenar la pública espectacion, y tomar con igual actividad é inteligencia las disposiciones que en la próxima primavera deben poner término á la guerra de Navarra.”

Ya por este tiempo se delineaban claramente los dos partidos en que se dividían los liberales; el moderado, que ocupaba el poder, y el exaltado. Este último deseaba con ansia reformas y garantías políticas; pero procediendo con patriotismo y sensatez, muchos de sus hombres preferían la unión de todos los esfuerzos para terminar la guerra, aplazando para después la petición de una ley fundamental que garantizase la libertad y los derechos de los españoles. Los planes atribuidos á Llauder precipitaron los de los liberales avanzados, que resolvieron apelar á la insurrección, al mismo tiempo que los moderados, con algunos ministros á la cabeza, conspiraban también para derribar al de la Guerra por medio de una asonada.

Los principales jefes de la conspiración moderada, ó ministerial, eran el conde de Toreno y el general Quesada, cuyo descontento contra Llauder se manifestaba en público de mil maneras. Los exaltados contaban en sus filas á los generales Quiroga y Palarea, varios miembros importantes en los dos Estamentos y otras personas respetables que en el día de la insurrección deberían apoyar sus peticiones cerca de la Reina gobernadora: disponían de mucha parte del ejército; confiaban en poder arrastrar toda la Milicia urbana de Madrid, á cuyo frente habría de ponerse Palarea, y estaban en relaciones con las provincias.

Hubo un momento en que las dos conspiraciones llegaron á punto de entenderse y fusionarse para obrar de comun acuerdo, conviniendo en que los insurrectos solo pedirían la salida de Llauder, aunque haciendo graves cargos á los demás ministros, los cuales acudirían al lado de la Reina para persuadirla y aconsejarle que accediese á los deseos del pueblo. Pero los exaltados desconfiaban con algun fundamento de las promesas de los moderados; temían ser instrumentos de sus cábalas, y cuando estaban deliberando en junta sin acertar á resolver nada, la decisión del joven Don Cayetano Cardero, oficial del regimiento de Aragon, 2.º ligero, les sacó de su perplejidad: propuso un plan atrevido, en cuya ejecución se reservó la parte de mayor peligro, comprometiéndose á sacar del cuartel su batallón y sorprender la guardia del Principal, situada en la casa de Correos. Simultáneamente y á la misma hora se sorprendería en sus respectivas habitaciones á todos los ministros y al capitán general, poniéndolos presos; saldrían de sus cuarteles los demás cuerpos comprometidos; se tocaría generala para que acudiese la Milicia urbana, cuya principal misión habría de ser la de apoyar al pueblo, que se presentaría en grandes masas, y de este modo se llevaría á cabo el pronunciamiento, que Cardero consideraba realizable en una hora. La de las seis de la mañana del 18 de Enero fué la se-